

El Cristiano y el Ayuno

“Cuando ayunéis, no seáis austeros, como los hipócritas...” (Mat.6:16). Con estas palabras, Jesús comienza el último de Sus tres temas sobre la verdadera piedad contrastada con la vacía postura de los Escribas y Fariseos. Si hemos dominado las lecciones enseñadas en los primeros dos casos, no habrá grandes sorpresas en este tercer estudio. Sus oyentes son aquí nuevamente llamados a dirigir sus corazones hacia Dios y a apartarlos de sí mismos. Esta vez el vehículo de Su mensaje es el ayuno.

El ayuno fue una parte establecida en la adoración del Antiguo Testamento. Había únicamente un ayuno público ordenado —El Día de la Expiación (Lev.16:29-31) — pero en tiempo de crisis especial ambos la nación como un todo (2 Cron.20:3; Esd.8:21; neh.9:1) y los individuos ayunaban (2 Sam.12:16; Neh.1:4; Sal.35:13; 69:10). En los años del cautiverio, algunos nuevos ayunos fueron evidentemente añadidos para conmemorar las calamidades que cayeron sobre la nación en manos de los Babilónicos (Zac.8:19). Por el tiempo de Jesús, los Fariseos habían vuelto el ayuno público en una difícil y doble rutina semanal (Lucas 18:12).

La práctica del ayuno en Israel tenía un propósito espiritual. Esta abstinencia de la comida por breves períodos (generalmente un día) nunca fue diseñada volverse ascético o para usos terapéuticos. Fue siempre usado como un medio de humillar el espíritu ante Dios en tiempos de gran desesperación (Sal.69:10) y tuvo un lazo inseparable con la oración (Jer.14:12). El ayuno fue una expresión de tristeza y fue referida como una “aflicción” del alma (Isa.58:5). Fue por lo tanto, frecuentemente realizado en el Antiguo Testamento con las señales acostumbradas de lamento —y cubriéndose uno mismo de polvo y ceniza (Neh.9:1; Esther 4:1; Dan.9:3).

Desafortunadamente, aun el ayuno del día de la Expiación, el cual estuvo diseñado para ser una expresión nacional de contrición humilde por los pecados de Israel a menudo se convirtió en más que un ritual vacío. “He aquí para contiendas y debates, y para herir con el puño inicuaamente; no ayunéis como hoy, para que vuestra voz sea oída en lo alto” (Isa.58:4). La historia del Antiguo Testamento virtualmente cierra con la pregunta del Señor a Su pueblo: Cuándo ayunasteis y llorasteis en el quinto y en el séptimo mes estos setenta años, ¿habéis ayunado para mí? (Zac.7:5).

Fue en el espíritu de los profetas Hebreos que Jesús marcó el ayuno sin sentido de los Fariseos. Su histrionismo infantil, su rostro triste, su higiene descuidada, todo estaba para provocar el efecto —“para mostrar a los hombres que ayunan” (Mat.6:16, 18). El pecado de “los hipócritas” no estaba en la tristeza de sus rostros o en su apariencia descuidada. Tal conducta podría naturalmente caracterizar al penitente genuino quien estaba cautivo a causa de la aflicción de su alma. Su pecado no estaba en el hecho que otros supieran que estaba ayunando. Jesús había ya dejado claro que Dios podría ser

glorificado cuando otros podría ver nuestras buenas obras (Mat.5:16). El desastre ocurre cuando realizamos nuestras obras para buscar gloria para nosotros mismos. No es la adoración pública lo que Él reprueba, sino la adoración para la publicidad.

El punto que Jesús hace en Su tercera ilustración de la verdadera piedad que agrada a Dios es eminentemente clara pero el tema del ayuno mismo ha sido la fuente de preguntas. ¿Planeó el Señor ordenar el ayuno para los ciudadanos del reino o estaba simplemente hablando a Sus seguidores Judíos en términos que ellos podían entender (*es decir* “ofrendas para el altar”, Mateo 5:23-24)? Él fue una vez criticado por las formas de Su ayuno y el fracaso de Sus discípulos de ayunar como lo hicieron los Fariseos y los discípulos de Juan (Mar.2:18-22). Su repuesta fue ayunar para sus discípulos mientras Él estaba con ellos sería tan inapropiado como lamentarse durante una fiesta de bodas. Más tarde, él dijo, cuando Él sería tomado de ellos, su tristeza se volvería en ayuno. Todo esto nos dice que los discípulos de Jesús no practicaron el ayuno como un asunto de devoción regular. Esto también nos dice que Jesús vio el ayuno como la expresión natural de tristeza y profundo interés y lo encontró inapropiado para el tiempo del gozo. Su anuncio que Sus discípulos ayunarían cuando Él sería tomado de ellos, debería ser entendido, no como un mandamiento, sino como un reconocimiento del dolor que vendría. Aun este no puede ser realizado para describir todo el período Mesianico. En ese tiempo, Dios prometió que sus ayunos se volverían en fiestas de júbilo (Zac.8:19).

Lo que es evidente cuando tratamos de entender la relación del Cristiano con el ayuno es que Jesús no instituyó ningún día de ayuno para la Iglesia, ni pública o privadamente. No hay indicios que Él ordenó el ayuno como un asunto de devoción regular. Lo que Él enseñó fue que habría tiempos de profunda preocupación cuando el ayuno sería el compañero natural de nuestras oraciones. Esto parece ser exactamente lo que fue practicado en la Iglesia en Antioquía y por Pablo y Bernabé (Hech.13:3; 14:23) y debiera ser esto nuestra guía hoy.

El activismo natural de la mente occidental nos ha provocado pasar muy poco tiempo en oración y en la simple meditación de Dios y Su palabra. Nuestros esfuerzos seguramente serían mucho más fructíferos si pasáramos más tiempo en la meditación y en la oración reflexiva antes de llevar a cabo nuestra obra. Y si la naturaleza crucial de nuestras peticiones, nos movieran a humillarnos ante Dios y establecer completamente nuestros corazones sobre Él a través del ayuno, nada adverso tendría que suceder. La única preocupación de nuestro Señor es que adoremos a Dios para causa de Él solamente y no para causar la ostentación vanagloriosa.